PROLOGO

flexiones, notas, de viajes, breves relatos, conferencias artículos y relaciones varias de evocadores y turclares momentos. El ser y el quelace, de un Menuda en sus

De una de sus tantas navegaciones y regresos, Pablo Neruda (1904-1973), el poeta que hace revivir los sueños y los destinos de un continente, dejará resuelto y familiar testimonio de sus andanzas viajeras: "Apenas salí de Chile, me puse botas de siete leguas, caminé hacia el norte, navegué hacia el este, volé hacia el sur. Descubrí cuán ancha es la tierra, y descubrí también cómo la tierra había crecido de pronto para mí, y cómo los hombres eran más numerosos, mi familia era más grande: tuve de pronto millones de hermanos". Es decir, el Neruda a los tres y más puntos cardinales —y al oeste limita con el mar— en el ver y sentir y vivir motivadoramente esa ancha tierra. Y, a su vez, en el contar y cantar lo maravilloso y lo mágico de tan revelador mundo.

Escritos en los más diversos lugares del planeta, los textos de este volumen, de oceánicas y fascinantes páginas, recrean la vida del hombre y la vida del poeta en sus muchos viajes, amores, actividades, publicaciones y compromisos ciudadanos. Andanzas y geografías en este luminoso mapa nerudiano. Una época, y todas las épocas, con su tiempo tan de ayer como de ahora y de mañana ("Preparando el nuevo siglo trataré de escribir a la manera de Homero. No me quedará mal un estilo tan fabuloso y tan empapado del mar ilustre"), pero tan perdurable en esta escritura para siempre.

Nada escapará a nuestro autor en su contagioso afán de llevarlo todo buenamente a su memoria y a su escritura, sea ésta verso o sea prosa ("No puedo destinar la prosa a la lucha y la poesía al sufrimiento. Me parece que pueden tener el mismo destino"). De ahí sus reflexiones, notas de viajes, breves relatos, conferencias, artículos y relaciones varias de evocadores y tutelares momentos. El ser y el quehacer de un Neruda en sus admirativos, dramáticos, fulgurantes, alegres, vivenciales y resplandecientes textos prosísticos. Una vida, además, en constante movimiento en sus ausencias y retornos, y en escenarios geográficos muchos que llaman a descubrimientos y bienvenidas: Neruda muy sentado en su silla de lona sobre la proa de un paquebote en los mares de la Indochina. O Neruda escribiendo en su casa de Isla Negra, frente al mar de Chile, ese océano "que más que mirarlo yo desde mi ventana, me mira él con mil ojos de espuma".

cir, el Neruda a los tres y más puntos cardinales y al oeste limita con el mar el II de el Sentir y sixte mota-

Varios de estos textos se escribieron originalmente para periódicos y revistas, o para ser leídos en conferencias y asambleas públicas. Otros, para cuadernos memoriales que testimonian y recuentan los días del poeta. Tienen todos, por lo mismo, la claridad de ánimo y de pensamiento, la iluminación del instante y el reposo deslumbrador y visionario de la experiencia. Y, sobre todo, la amenidad en sus decires y lenguajes. Y en su amor-amor de costa a costa, de vida a vida, de prójimo a prójimo. Los trabajos y los sueños de un Neruda en sus prosas que llaman a curiosidad y lectura, que tocan los sentidos, que abren el mundo a lo real e imaginario. "En lo que a mí respecta" –dice el mismo Neru-

da-, "soy acérrimo enemigo de mi propia prosa, pero

qué hacerle!".

Curiosamente la obra prosística de Neruda, en relación con su bien extensa bibliografía poética, es escasísima y dispersa. Y en estas materias siempre tuvo un colaborador cercano. Con el escritor chileno Tomás Lago, por ejemplo, escribe *Anillos* (1926), textos empapados de la lluvia de Carahue, olorosos a tierra y madreselva, y a ciruelas que tienen el color de la melancolía. Y *Comiendo en Hungría* (1968), en colaboración con el escritor guatemalteco Miguel Angel Asturias. Cada uno, claro, en su tiempo, en su geografía y en sus textos (de la sopa de pescado a las artes del repollo). Recuérdese, también, entre uno y otro libro, *El habitante y su esperanza* (1926), un sorprendente y singular relato que se incluye, en su versión original, completo en este volumen.

El habitante y su esperanza es la única novela -novela breve- escrita por Neruda. Obra de bella y atrayente escritura. El lenguaje del poeta-narrador es otro campo de maravillamiento aquí. Amén de la historia misma con sus personajes y aventuras que se narra. Neruda cuenta la vida y pasiones y amores de un bandido (cuatrero, en la región de la Araucanía) en sus leves y costumbres dictadas por las circunstancias y los destinos. Realidad muy de la idiosincrasia de una época de bandolerismo y far-west sin prejuicios en la maravillosa Frontera. Neruda escribe esta desconocida obrita, y de importancia referencial en las búsquedas temáticas y lingüísticas primeras del poeta, en una etapa muy personalísima de su vida, marcada de significaciones estéticas ("Yo tengo un concepto dramático de la vida, y romántico") y anarquistas ("Me gusta la vida de la gente intranquila e insatisfecha, sean éstos artistas o criminales"). La bohemia, el romanticismo, los deberes compartidos entusiasmaban, por entonces, vivamente a nuestro joven habitante en la esperanza.

Neruda no llega todavía a los 25 años –transeúnte pálido y nostálgico, recordando la siempre lluvia de Boroa–, y medio perdido en el paisaje de remotas regiones: Colombo, Singapur, Madras, Rangún. Y otros tantos selváticos lugares que ni siquiera aparecían en los mapas. Por aquellas lejanas aldeas, entre cantos rituales y oracionales ramayanas, escribe sus ensimismados poemas y sus sobrecogidas prosas. Aunque admirado bajo el sortilegio de los tambores y la fascinación de otros paisajes y lenguas, son días de solitaria residencia para un Neruda consumido por la intimidad y las interrogaciones de sí mismo, sin más compañía que una domesticada mangosta y las penurias de recibir, de tarde en tarde, sus 166 dólares por sus casi simbólicas tareas de cónsul.

En sus prosas están nítidamente marcados aquellos sentimientos y deslumbramientos que rodearon su existencia. Y hasta salen a flote los olores con sus frangipanes y jazmines, los sudores y sus aceites de coco, todos los sentidos en su esplendor. Y el trompetear de los elefantes bañándose en la desembocadura de un río. Y hasta el contagio alegre de los trajes, las túnicas y los turbantes en el "yo quisiera ir vestido de bailarín enmascarado". Todos los lugares, con sus costas, sus puertos y sus aldeas se universalizan en la memoria del poeta—Cantalao, Boroa, Ranquilco— y se identifican con aquellos otros dulces nombres de la tierra de Indochina: Battambang, Saigón, Berembeng. De una crepuscularia hora de Carahue ("a la sombra del maderamen mojado

de los muelles") al amanecer radiante de un día en Colombo ("aquella tierra de extrañas cosas y mitologías").

De estos textos-prosas se desprende, también, que mucho de lo personal y de lo íntimo –materia tan viva y recreadora en este volumen– dejará de ser tan suya y tan propia, y se hace un todo de universalidad y acercamiento al prójimo. Tan pronto un Neruda maravillador y sorprendente, como un Neruda conversacional, anecdótico y dialogante. Y hasta los recuerdos y las ternuras a cada vuelta de página ("la sonrisa de los niños chinos es la más bella cosecha de arroz que desgrana la gran muchedumbre"). Neruda deja su huella, no sólo al salir de Chile marcando a cuchillo troncos de árboles sureños, camino al destierro, ¡y a mirar el mundo!, sino también aquella huella humana y literaria, en los gestos, los tonos, los ánimos, los decires de su vitalísima escritura.

testimonian las vidas y loVI mehaceres cotidianos dos

Y no sólo los viajes en estas costas por el mundo. También el compartir las más recreativas horas de diálogos y encuentros más allá de las estaciones ferroviarias, de las bibliotecas, de los paraninfos universitarios. Neruda entrando a las cervecerías madrileñas con sus amigos poetas y garcialorquianos de la España de los años 35. O Neruda en el *Ciervo de Oro* comiendo croquetas de cervatillo refrescado a la salsa Cumberland, y animado por las frescas ondas del Danubio. O el Neruda, tan porteño de Chile, bajando y subiendo por las laberínticas y vagabundas calles y cerros de Valparaíso: "Si caminamos todas las escaleras de Valparaíso habremos dado la vuelta al mundo". Y, en fin, el Neruda en la aventura misma de un Joaquín Murieta que,

entre la verdad y la leyenda, entre la codicia y la sangre, entre el fulgor y la muerte, marca a fiebre y oro sus hazañas californianas.

Así también Neruda es la historia de nuestros pueblos, en sus territorios, en sus gentes, en sus afanes y oficios. En su viaje al norte de Chile, uno más, confundido entre los hombres del salitre y en la realidad ardiente de su pueblo: "Yo pertenezco con orgullo a la multitud humana, no a unos pocos sino a unos muchos". Destinos y estremecimientos en el recuerdo y en la memoria, en las devociones y en los ánimos. E incluso las arengas y los gritos: Por la razón o la poesía, dirá Neruda despidiendo al Winnipeg, ese hermoso barco viejo que, con dos mil españoles republicanos que cantaban y lloraban, leva anclas desde un puerto francés rumbo a Valparaíso: "Nunca me tocó presenciar abrazos, sollozos, besos, apretones, carcajadas de dramatismo tan delirantes", dirá años después, recordando la hazaña, el poeta. Situaciones y realidades que testimonian las vidas y los quehaceres cotidianos, los trabajos y los sueños.

La mayor parte de estos textos de ocio y elogio, de saludo y celebración, de homenajes y agradecimientos, de fervor público y compromiso ciudadano, se viven y se escriben en momentos y circunstancias reveladoramente significativas en la vida de Neruda, protagonista y testigo de su tiempo. Sus lugares geográficos y humanos y viajeros no pasaron sólo para el recuerdo o para sus tan maravillosas prosas. También, y sobre todo, para su poesía. De aquella lejana y solitaria temporada de Ceilán, le vendrá su *Residencia en la tierra* (1935). Y de su tiempo glorioso y solidario de Madrid, su *España en el corazón* (1937). De los días "amorosos y perfumados" de Capri nacerán los *Versos del capitán*, libro secreto y anónimo en sus orígenes, pero

identificable prontamente en su rosario de versos y en su desenvuelta pasión. Y de un mucho caminar el continente –morral de fugitivo al hombro– surgirá su volcánico *Canto general* (1950), que firma y pone fecha en un México florido y espinudo. Hay así una permanente relación de vida y obra, de vasos comunicantes y para siempre en los sucesos y los días, en los viajes y circunstancias, en las verdades y deberes del poeta.

V CRUSOE

De cada uno de estos textos sale y entra mil veces Neruda. Son sus navegaciones y regresos, sus viajes por las costas del mundo. Del mundo real y geográfico, del mundo maravillado por los sueños y los destinos: "Todo va fundido dentro de uno, fuera de uno, las vidas y los nacimientos, haciendo un círculo de hojas, de lágrimas, de fuego, de conocimiento, de recuerdos: y la vida de un hombre es como la existencia de un día". Neruda personaje remoto y próximo en el mundo recreado de su prosa. Y en los ánimos de gracia y humor y alegría. Porque Neruda narra con gracia, cuando la gracia quiere decir aquí atracción y magia y encanto. Y escritura gozosa. Las edades y los tiempos en un Neruda inmenso y antiguo, digno de andar entre tantas creaciones inmemoriales, ya sea en las pagodas de Ceilán o en los templos mayas de la península del Yucatán. Todos los mundos en un mundo. Lugares que resultan mágicos de antigüedad y de historia, de ritualidad y geografía. Pero vivos y evocadores de lo vivencial y de lo humano.

"Bien vale la pena haber vivido si el amor me acompaña", escribió una vez, y con razón, Neruda. Sólo con ese siempre amor pudieron escribirse las páginas de este mucho andar y ver y vivir las costas del mundo. Habrá que brindar también con el poeta: "Yo levanto mi copa grande, la copa de los siglos, la lleno con el sol del mundo y bebo el vino resplandeciente". Así también su prosa, resplandeciente.

JAIME QUEZADA Lo Cañas (Santiago de Chile), septiembre, y 1999